

PDFSPOT

lecturas exclusivas

Revista de literatura Los Noveles

www.losnoveles.net

Los territorios ocupados

Enrique Bernalles

Mundo Ajeno Editores, Perú, 2008

ISBN: 978-603-4516-73-1

Narrativa, 258 págs.

www.mundoajeno.com

Los territorios ocupados

Capítulo I

Salió de su casa. Por un momento se detuvo y apreció, con la misma maravilla y terror del primer flaneur que abre los ojos ante un mundo desconocido y caótico, el rostro de una niña. Hola, ¿cómo te llamas? No se equivoquen, no era una nínfula, sino una niña, salamandritas azules llamando a la torre de control, y sintió un repentino mareo, muchos recuerdos del celuloide amenazaban con irradiarlo, como antiguamente los rayos gamma a los enfermos de Acuario, naves espaciales estallando en los hombros de Orión, nacimiento de estrellas en las puertas de Tanhäuser, la memoria, la última frontera que nos separa de la alegría y la pax romana, Jennifer O'Connelly recitándole el Cantar de los Cantares en sus incomparables doce años, fue en ese momento donde más la deseó. La pequeña hermosa de La ciudad de los críticos perdidos y el gigante calentándole los pies con su aliento puro y circense. Yo era la transnacional que le besaba los pequeños y sabrosos pies. Los perfumé con aceites de aromas exquisitos. Un continuo cosquilleo que empezaba en el cuello bajando hasta el centro del estómago y la corporación frotándole sus inclementes, delicados, inolvidables dedos al compás de una melodía fantasmal, sí, el león solar de las leyendas, el divino Oannes Trismegisto, el magnífico, la penetraba dulcemente en la intemperie bajo el cielo gótico de una insaciable ciudad plagada de gárgolas, grifos y otras criaturas nacidas del espanto. La penetraba y ella no se quejaba. La penetraba como el tren lo hace con la ciudad. No se puede tomar ventaja de un ser que está forjando su voluntad, pero, ¿y si ella lo quiere?, cómo nos podemos negar a ofrecerle nuestro mayor inversión, nuestro volátil espasmo económico...

Hola, ¡Dibújame un cordero!

¿Un cordero?

Por favor... ¡Dibújame un cordero!

Basta, criatura, no sé dibujar. Además no tengo papel ni lápiz, cómo voy a hacerte un cordero en medio de la calle. Regresa a tu casa. Dile a tu madre que te dibuje el cordero ese para tu clase.

No importa, dibújame un cordero. Mi cordero es mío, no es para ninguna clase. No voy a la escuela. ¿Acaso, no me has visto limpiando las lunas de los carros esos en la avenida? Tú tampoco me has visto, ¿no? Y mi mamá no me dibuja nada, sólo me pega, la pobre. ¿No te fijaste en los moretones en mi cara y brazos? Pero no es su culpa. La abandonaron con la barriga así de grande, parecía la pelota de Kiko. Jijijijiji. Aquí está papel y lápiz. Siéntate y haz aparecer un lindo cordero sobre esta sucia vereda.

El Fauno derramó una lágrima, la primera en mucho tiempo, le sabía a sal como la frente sudada de la niña, a quien besó y acarició con singular ternura, niña que había aparecido de dios sabe dónde, es decir, desde el corazón mismo del tráfico de una transitada avenida. Ella era uno de esos niños de los semáforos...

Eres una ladilla, niña. Ven siéntate conmigo que te voy a dibujar el cordero más bonito de todos.

Ah, eso sí, no quiero trampas, no quiero una cajita donde esté durmiendo mi corderito.

Sabida eres, niña.

Sí, y ahora eres responsable de tu flor.

Capítulo XI

Crónica de una muerte anunciada

Soy Kike... todo ha sido una falsa alarma... de nuevo... me despojo de los lentes oscuros. No puedo hacer lo mismo con la noche de la gruta, la voz perturbadora de la Sibila que, aunque de Comas, no sólo habita la casa de Zarumilla, sino a mí también. Fuiste hábil para dar los primeros pasos hacia fuera, sin saber, que, a la vez, empezabas a caminar hacia adentro. Cada centímetro recorrido y cubierto por nuestros piececitos, para el jolgorio paterno, nos fue edificando nuestro propio castillo de Elsinore, del cual sólo escaparíamos cuando recibiéramos el flechazo helado de la muerte...

Esta vez el juego me ha llevado muy lejos, pero no tanto, todavía me faltan cinco niveles para terminarlo... mi cuerpo yace muerto bajo la nieve otra vez... en pedacitos, pedacititos, el tren lo ha pasado por encima, y uno que pensaba que se iba a volver semilla de vainilla para devolverle el sueño a los amantes, nada de eso pasó, pedacititos en púrpura distorsión es lo que soy...GAME OVER... Pago y sonrío a la singular belleza de las cabinas de Internet...

Angie ensayó un felino salto desde su cálido cubil. ¿Cuántos horas habría sobrevivido detrás de la máquina? ¿O acaso era la máquina que sobrevivía a ella y se aprestaba a atacarla en cualquier momento? Si le contara que unas simples gotas de vainilla en sus párpados la harían soñar y navegar de verdad, orgánicamente le recordarían de dónde había salido, que era hija de un Yupanqui después de todo, que la Kaballah no era para ella, que la magia de un poncho, cual torbellino de colores vertiginosos, habitaba su propia casa, en el corral imaginario del patio de atrás, donde los chanchos, patos, gallinas y cuyes se quedaban dormiditos respirando las historias, las palabras del abuelo serrano, los mitos fundacionales de una nación devastada, que donde ella

digitaba Kaballah debía invocar al supaypa wawan, hijo diablo, danzante de tijera,

La reja se abrió y se dejaba escuchar... tú te lo pierdes, Angélica. Su rostro trigueñamente hermoso, un cabello saludable, laico, negro, negrísimo, unas piernas alargadas y cafés coronadas con una frente amplia, inconquistable. Angie iluminaba mis habitaciones y tapiaba, momentáneamente, la gruta que mis pesadillas y terrores habían originado. Los diminutos dedos de sus pies, las diminutas uñas mal pintadas de color fucsia, esas imperfecciones que detestaba normalmente no echaban sombras a la isla desnuda que sus gruesos labios descubrían. Cuando niña, Angélica había sido mi pareja de baile, juntos zapateamos la marinera norteña en el Festival de la Primavera, el Coliseo Gran Chimú de Trujillo reventando de gente, de aplausos sonoros, de matracas y serpentinas, ¿o eso tampoco era verdad?

En la risa blanca de Angélica se vislumbraba una ilusión, una ansiedad que sus mejillas rápidamente desdibujaban... ya arranca nomás, puro floro eres, qué te voy a creer que te vas arriesgar por algo. En medio de la calle y ante la mirada de las máquinas programadas para hacer el recorrido diario a sus respectivos centros de labores, Kike gritó a todo pulmón hacia el interior del pliegue o ciberpuerto: recuerda Angie, el cambio no va a venir de afuera, por el contrario, de bien adentro, no esperes ninguna noticia de diario digital que pueda salvarte el día, regresa a casa, charla con tu abuelo Yupanqui, él sabe mucho más que todas las Wikipedias que no te devuelven el sueño, se alejó de allí sacándole la lengua... ¿y si lo que afirmaba fuera cierto? ¿Todavía teníamos una oportunidad para empezar?

Esa tarde noche no hubo Kaballah para Angie. Se dejó abrigar por las historias del abuelo, marcadas con hierro candente en su joven memoria. El viejo Yupanqui abrió el libro y empezó a leer sin soltar su bastón de lloque, leyó para que su nieta no olvidara cómo fue que un día la esperanza enterró a la injusticia...

—¡Comuneros —gritó el capitán Reátegui—, si no se retiran ahora mismo abro fuego!

Estefanía Morales recogió una piedra.

—¡Aquí moriremos! —gritó.

¡Agapito Robles moriría por su mano o por la de la Guardia de Asalto!, pensó Soto. La tropa estaba en camino. Como Rancas, como Chinche, Huarautambo amanecería en llamas.

—¿Es cierto que ha terminado nuestra esclavitud?

—Ha acabado, abuelito.

—¿Soy Libre?

—Eres libre.

—¡Montenegro supaypaguagua! ¡Juez hijo del diablo, Yanacocha te trae tu ganado! Aquí tienes nuestro sudor. Aquí te traigo la sangre de los muertos. Aquí tienes los años de tus presos.

–Chipipata también avisa –exclamó Agapito Robles señalando el cerro donde las linternas transmitían mensajes.

–¿Qué dicen?

Wistozorro deletreó.

–Tro... pa... ar... ma... da... vie... ne...

El humo de la danza lo envolvió. Ya no se le veía. Su poncho era un torbellino de colores vertiginosos. Los López se percataron entonces que el pasto de su chacra ardía. Quemó la estancia de Polidoro Quinto. ¡Wífala! Calcinó el gigantesco pisonay del patio de los Requis. ¡Wífala! Chamuscó la fachada de la Municipalidad. ¡Entonces vimos! ¡Toda la quebrada estaba ardiendo! ¡Un zigzag de colores avanzaba incendiando el mundo!

Sol, sol y más sol.

I used to think that the day would never come... that my life would depend on the morning sun...

El afuera me recibe inmortal con su calor, es diciembre y soy el único imbécil que arrastra un gorro de lana, un paraguas y su cuerpo a lo largo de la Av. Perú, soy el invierno del norte.

Hey tú, ven aquí, hijo. ¿Qué te pasa? ¿Qué haces con ese paraguas? ¿Acaso piensas que va a nevar en Lima, que aquí mismo va a llover? ¿Quieres que la gente te crea loco? Ve a casa, cámbiate de ropa, ponte tus chancletas, un short, un polito, chapa tu couster y pa' la playa... El Fauno se colocó sus recién repuestos lentes de sol, ensayó una sonrisa...

Maestro, no puedo ir a casa porque no tengo una, lo cual no significa que duerma en la calle. He nacido en una vivienda que nunca ha sido ni será Mi Casa. He maldecido a todos los fantasmas que la habitan, le he arrojado toneladas de sal de arriba a abajo y he escupido con rencor su suelo, por momentos me imagino rociarla completamente de gasolina y prenderle fuego. En ese instante se le quebró la voz al Fauno. Empezó a llorar de cólera. Tenía tanto miedo de sí mismo. Respiró profundamente y tomó asiento a la orilla de la calle.

Alguna vez alguien imaginó que los molinos de viento eran malévolos gigantes, pues para El Fauno la ciudad entera estaba poblada de estas terribles criaturas. Él, una casa, sin ser su propia casa, pequeñita, derrumbándose y aullándole a la luna en pleno día.

Si bien suena paradójico, maestro, esa casa viaja conmigo, aquí, en mi cabeza, me ha inoculado su inmundicia y, por eso, la llevo a todas partes, de esta manera, yo mismo me he maldecido, escupido y bañado el cuerpo entero con sal. Tampoco tengo patria, maestro. Yo soy mi país, vengo de mí mismo y hacia mí voy.

Ahora bien, ¿no esperamos que de este cielo, nacido del pincel de un escritor norteamericano, nos caiga un cataclismo algún día? Hasta hoy no ha pasado nada, pero, maestro, un día nevará, verá usted, y eso marcará el fin de esta ciudad... Permiso, lentes imitación Ray-Ban, permiso, gorra de las Medias

Rojas, permiso, barriga chelera que apenas cabes en tu ajustada camiseta, permiso, maestro, que tengan todos ustedes un buen día. En la camiseta del transeúnte se leía "I love NY".